

comprometido depende también del grado en que cada parte se halla complicada.

La necesidad de coordinación, reconocida por otros autores y por la brillante contribución de Schelling, radica en sus amplias discusiones de la sociología de la estructura en los movimientos estratégicos. Desecha mucho, sin embargo, del aspecto relevante de la psicología de la negociación, privándose así del elemento sociológico adicional que fue fundamental en el desarrollo de esta disciplina y que es tan importante. A pesar de ello, se trata de un libro intelectualmente poderoso, plétórico de razonamientos sutiles y profundos, y que habrá de ser fundamental para todos los estudiantes serios de esta materia.

A LA ZAGA DE LA CHINA CONTINENTAL

MODESTO SEARA VÁZQUEZ

de la Universidad Nacional de México

PUEDA AFIRMARSE QUE LA APARICIÓN de la China Popular en el campo de la política internacional, con rango de gran potencia, es el acontecimiento más importante de la postguerra. Ese país dividido, sumido en la anarquía y sujeto a todas las codicias extranjeras vuelve a ser un ente fuertemente unido y capaz de inquietar incluso al coloso americano.

Por eso ofrece un gran interés este libro de Doak Barnett.* En efecto, es una obra metódica, clara, que somete los hechos a un análisis objetivo, frío a veces, pero en todo caso desapasionado; y en esto estriba su mérito más grande: no trata de interpretar los hechos con arreglo a sus conveniencias, sino que lo hace de acuerdo con la más rigurosa lógica.

Fue incapaz el Kuomintang de ordenar su vida política y de desarrollar la economía, agregando a ello una gran corrupción en el gobierno. El descontento cundió entre las masas campesinas y los intelectuales, descontento que fue muy bien utilizado por los rebeldes comunistas, los que a través de una lucha de casi treinta años terminaron por adueñarse del poder. El triunfo de los comunistas chinos es obra esencialmente china; y las ayudas exteriores que recibieron ambos contendientes, nacionalistas o comunistas, fueron mínimas.

* A. DOAK BARNETT: *Communist China and Asia, Challenge to American Policy*. Council on Foreign Relations, New York; 1960.

El régimen comunista ha probado su capacidad para controlar las masas chinas; se han producido deserciones y, particularmente en el período que se inicia en 1956-57, la corriente contraria al régimen llegó incluso, como en el caso del Tibet, a la rebelión abierta; pero en general, el gobierno comunista mantiene su control.

La revolución china, a pesar de ser una revolución comunista y tener muchos puntos de contacto con la rusa, no puede identificarse plenamente con esta última. Los chinos han sabido aprovechar las experiencias de la revolución rusa y han evitado ciertos errores. La larga lucha, en cuyo transcurso tuvieron bajo su mando extensas porciones del territorio y de la población, les permitió asimismo adquirir experiencia que después les fue de gran utilidad para organizar rápidamente sus cuadros directores.

La principal preocupación de Mao-Tse-Tung fue el rápido desarrollo de la industria pesada, tomando como su modelo a la Rusia staliniana, con las adaptaciones adecuadas a una nación subdesarrollada y demasiado poblada. El primer plan quinquenal, 1953-57, fue el paso inicial hacia esa meta. El gobierno empleó todos los medios que podían conducirle al fin propuesto y mantuvo al pueblo en el estado de tensión indispensable para sostener el esfuerzo. Agricultura e industria salieron de su letargo e iniciaron un espectacular avance, cuya tasa de crecimiento sólo puede compararse con la del Japón. En 1958 China inició "el gran salto hacia adelante", movilizandó todos los recursos económicos y humanos. Aunque hubo discrepancias respecto a dicha tasa de crecimiento, el efecto psicológico fue de todos modos inmenso, tanto en el interior como en los otros países, especialmente en los subdesarrollados. La ayuda soviética se concretó al aspecto de la asistencia técnica y a proporcionar equipo y materiales.

El gobierno popular chino ha mantenido en el aspecto político interior una línea bastante continua. Los efectos de la "desestalinización" iniciada por Jrushchov fueron muy débiles; el único cambio, bien temporal por cierto, fue el de la política llamada del florecimiento conjunto, en el que difícil es ver otra cosa que una mera estratagema.

China no es un país dedicado únicamente a su revolución interna; tiene también una vocación internacional, y las raíces de esa vocación se hallan por supuesto en la historia del imperio chino. El autor distingue entre los fines relativos a intereses nacionales de importancia vital y los que constituyen objetivos revolucionarios a largo plazo. Entre los primeros sitúa la unificación nacional; esto explica lo enérgico de la actuación chino-popular en la represión de la revuelta en el

Tibet, ya que para estas cuestiones de importancia vital China no dudará en emplear la fuerza. De allí que el futuro de Formosa pueda convertirse en una cuestión particularmente explosiva. Sus fronteras con Birmania, India y Mongolia Exterior, aún no bien delimitadas, provocaron incidentes fronterizos con la India y con Birmania.

Los adversarios más difíciles que China encuentra en su política asiática son los Estados Unidos y el Japón; los primeros por considerarlos como "la única nación no comunista suficientemente fuerte para contrarrestar el poder de China comunista en Asia". Respecto al segundo, y aparte de su desconfianza por las agresiones niponas del pasado, le reprocha ser un instrumento del "imperialismo" americano.

Un capítulo importante es el dedicado a los chinos de ultramar, problema a menudo citado pero poco conocido, y del que el autor hace una exposición sumamente interesante. Unos 11 ó 12 millones de chinos que viven fuera de las fronteras de la China comunista y constituyen minorías muy influyentes. Desde luego, hay una parte hostil al gobierno comunista, y otra que no tiene simpatías por éste ni por el gobierno de Taiwan. Pero es preciso no menospreciar las posibilidades que esa gran comunidad ofrece al gobierno comunista como instrumento para su penetración política.

Los observadores políticos occidentales han concentrado su atención recientemente en las relaciones sino-soviéticas, intentando descubrir las fisuras que pudiera haber en esa alianza. Es indudable que hay ciertas diferencias entre Pekín y Moscú, pero el autor cree que llegar a la conclusión de una ruptura inminente es desorbitar los hechos (capítulo XII, uno de los más interesantes).

Dedica el autor otro capítulo al ingreso de la China Popular a las Naciones Unidas, y termina pronunciándose por su admisión en el organismo internacional, a condición de mantener el *status quo* en la cuestión de Formosa. Coincidimos con su razonamiento, pero nos preguntamos hasta qué punto será posible mantener ese *status quo* que él mismo reconoce como un poco artificial.